

LA PATRIMONIALIZACIÓN DESDE LAS PRÁCTICAS DE VIDA: UNA GESTIÓN DESDE ABAJO

JUAN CARLOS SKEWES

Antropólogo (U. de Chile), Doctor en Antropología (U. de Minnesota). Profesor Titular de la Universidad Alberto Hurtado. Director del Magíster en Antropología Latinoamericana. Línea de investigación actual: antropología de la vida. Autor de *La Regeneración de la Vida en los Tiempos del Capitalismo* (Ocho Libros. Santiago, 2019). Sus estudios incluyen: *El Circo Tradicional en Chile* y *Lecciones para habitar el futuro: Los pueblos de la cordillera de Los Andes de Chile central frente al cambio climático y la expansión extractivista*.

JORGE RAZETO

Antropólogo (U. de Chile), Doctor en Ciencias Sociales (U. Nacional de Cuyo). Profesor Asociado del Departamento de Antropología de la Universidad de Chile. Líneas de investigación relacionadas con la Antropología de la Naturaleza. Fundador y director de la ONG Ciem Aconcagua y del Instituto de Estudios de Montaña, dependiente de dicha organización.

La noción de gestión cultural se sostiene en la divisoria entre naturaleza y cultura, dicotomía que dominó el pensamiento moderno hasta nuestros días. Conceptos como patrimonio cultural y patrimonio natural eran desprendimientos autoevidentes para un espectador de las bellezas creadas por los seres humanos y de las otras que resultaban de la acción de los procesos naturales. El esquema dualista se ve radicalmente estremecido por al menos tres constataciones que ocurren en paralelo en la historia contemporánea; a saber, la creciente conciencia del ser humano como parte de una urdimbre mayor de la que participan, en igual pie, desde los organismos unicelulares hasta los vertebrados. Al mismo tiempo, la exclusividad del ser humano como un hacedor de cultura queda en entredicho con los estudios que, en los últimos setenta años, han puesto de relieve la capacidad que los organismos no humanos tienen para crear cultura. Y, sin embargo, no importa alejarse de la definición que Bonfil Batalla (1991) diera de patrimonio, ese acervo de elementos de los que una sociedad echa mano para enfrentar sus problemas, para imaginar sus proyectos y para gozar. Se trata más bien de complementar esta mirada prestando atención al murmullo de seres que no son humanos y que se hacen parte de una escena en la que juntos con los seres humanos son co-dependientes. Finalmente, la frontera entre la inteligencia humana y la artificial se reblandece en un doble sentido: gracias al potenciamiento de la actividad mental, mediante el uso de implantes tecnológicos, en virtud de la complejización creciente de las redes virtuales. La era del posthumanismo adviene en un momento de crisis global (Braidotti, 2015).



En el caso latinoamericano, las complejidades emergentes en el campo del posthumanismo se entroncan con un pasado colonial de profundas desigualdades, donde el patrimonio ha sido dispuesto de modo de legitimar el orden en que tales desigualdades se sostienen, cuestión que ha sido fruto de intensa disputa en los períodos actuales (Márquez, Rozas, Arriagada, 2014) En este contexto, además de responder al desafío de de-centrar la actividad humana poniéndola al servicio de la biogénesis, la patrimonialización desde abajo cobra un especial sentido, convocando a los sujetos y grupos sociales a desplegar intentos de de(s)-colonización, a “hacer patrimonio” a través de prácticas locales, localizadas, transterritorializadas y desplazadas, tal como lo sugieren Lacarreau y Laborde (2018).

Confluyen en este sentido los modos coloniales de organizar el pasado y ponerlo al servicio del presente (y del futuro), a fin de preservar las desigualdades y el desmantelamiento de los paisajes, para extraer de ellos los ‘recursos’ y ponerlos al servicio de los mercados globales, y la apropiación de la inteligencia local a través de su sustitución por la tecnología. Frente a la instalación de una concepción decimonónica del patrimonio, se despliega la posibilidad de que el pueblo construya sus propias avanzadas patrimonializadoras, pueblo en tanto “sujeto popular, subalterno, migrante, cambiante, que se declina en plural y que debe ser abordado desde la diversidad, sin despojarlo por ello de voz propia” (Svampa, 2016: 19). Hacer patrimonio desde abajo es un ejercicio que en lo cotidiano reintegra lo que a paisaje se expropia, resemantiza la tecnología para robustecer los tejidos sociales y, con ello, establece procesos patrimonializadores contestatarios frente a los que les son impuestos (Dávila-Rodríguez, 2020; Matthey, 2015; Zecchetto, 2011).

Conviene, pues, reflexionar en torno a las condiciones básicas a través de las que la preocupación por lo patrimonial renueva su sentido. Para ello proponemos en lo que sigue situar los procesos de resguardos en un contexto de incertidumbres y transformaciones atendiendo a las dimensiones relacionales, contextuales y situacionales, a través de las que los recursos patrimoniales cobran vigencia, dimensiones vinculadas con los procesos de descolonización, de apropiación social de la tecnología y de la reintegración del paisaje. El supuesto básico que subyace a esta lectura es aquel que, siguiendo a Ingold (2011), reconoce en los organismos su capacidad de aprendizaje y adecuación recíproca y que es en esta

relación donde se hace posible la vida. De aquí que hablemos de una regeneración desde abajo o, lo que es lo mismo, un relieve que se va formando por la acción combinada de miles de organismos que dan lugar a realidades emergentes y siempre cambiantes.

Esta perspectiva invita a renunciar a, por lo menos: (uno) una visión idealizada del pasado; (dos) una visión categorial del mundo (incluyendo la divisoria naturaleza-cultura), y (tres), redefinir lo patrimonial en función no del ser de las cosas sino más bien del estar y del llegar a ser de las cosas.

Un par de ejemplos relativo a la regeneración del bosque en zonas montañosas puede servir a nuestro propósito: la declaratoria de Santuario de la Naturaleza Zaino Copín en el valle de Jahuel en Aconcagua, por una parte, y, por la otra, la práctica de los apicultores de la comuna de Panguipulli en el sur del país. Preguntas tan básicas y a la vez complejas como qué es lo patrimonial, cómo se gestionan los recursos patrimoniales y cuáles son las políticas que mejor sirven a estos propósitos pueden ser iluminadas merced un sobrevuelo a estas experiencias.

Para poder acompañar este recorrido es importante, como hemos planteado antes, desembarazarse de algunos prejuicios que se han instalado a partir de los conceptos básicos acerca del patrimonio. Por lo pronto podemos mencionar tres: la noción misma del patrimonio natural como algo separado de las personas y al conservadurismo a que estos marcos de referencia suelen acompañar. El bosque, y el medio en general, como parte del patrimonio en general, merece ser analizado como un constructo cultural que surge al alero de una cierta concepción acerca del orden de las cosas, los seres humanos y espirituales, y demás seres vivientes (Cronon, 1996). Tal constructo deviene, al mismo tiempo, del tipo de relación que las comunidades establecen a través de sus prácticas cotidianas con dichos contextos socioecológicos (Reyes, Razeto, Barreau, Müller-Using, 2020), relación susceptible a igual análisis y, tercero, el enclaustramiento de lo previamente definido como prístino, constituye una ficción en un medio donde los propios árboles por ejemplo, a causa del cambio climático, claman por llevar sus semillas a otras regiones donde ellas puedan germinar (St. George, 2020).

Un caso notable que colabora en ilustrar lo anterior, refiere al contexto comunitario de Jahuel en el valle del Aconcagua, donde una comunidad de 106 familias campesinas y ganaderas locales, es poseedora en



Fotos: Juan Carlos Skewes

común, de un predio de montañas de alrededor de 9.000 hás físicas de serranías y quebradas montañosas. Su propiedad oficial data de la primera mitad del siglo pasado, sin embargo, la ocupación que dichas familias realizan en este territorio se remonta a la época colonial, donde sus ancestros, posiblemente pertenecientes a los pueblos originarios y mestizos –expulsados o escapados de las fauces hacendales y urbanas–, comenzaron a construir soberanías efectivas y cotidianas a partir de la práctica libre de una agricultura y ganadería incipientes. Familias que, en su cotidiano habitar, fueron comprendiendo la complejidad y fragilidad de los ecosistemas que componen su territorio, y fueron transmitiendo durante muchas generaciones, los conocimientos, habilidades, destrezas, estrategias, vínculos y condiciones que

implica sostener esas prácticas y modos de vida montañoses (Razeto, Skewes y Catalán 2019). Experiencia acumulada, enriquecida, complejizada, actualizada y puesta a prueba de manera continua hasta nuestros días, cuyos miembros sucesivos y actuales han debido y sabido adaptar a las condiciones permanentemente cambiantes tanto de la sociedad (incluyendo pestes, epidemias, persecuciones, amenazas, desposesiones, represiones, y tantas otras calamidades humanas) como de aquellas de orden no directamente humanas (incluyendo variaciones climáticas, terremotos, sequías, nevazones, aluviones de diversos tipos y magnitud).

Vidas y sabidurías acumuladas en un grupo humano que se ha construido a sí mismo a partir de la conexión con los elementos de

su territorio, que comprendió desde siempre que su existencia en tanto seres biológicos, sociales y comunitarios, depende de su vinculación incondicional con los seres no humanos con los cuales convive cotidianamente y con el conjunto de elementos que componen sus paisajes cotidianos. De la misma manera comprendió desde siempre, que esos seres y componentes de su vida comunitaria, de alguna manera también dependen de su existencia; que animales y árboles, esteros, lagunas y quebradas, todos parte de su hábitat y soporte de sus vidas, se encuentran indefectiblemente unidos a sus prácticas y formas de vida. Si ellos declinan, sienten que dichos componentes peligran; lo saben, las aguas merman, los árboles y animales morirán: “Si la laguna se va secando, nosotros nos vamos muriendo”, dicen evidenciando conciencia de una compleja y mutua dependencia. Pasado, presente y futuro se construyen en una profunda mutualidad, donde los beneficios y maleficios afectan de manera indisoluble a los humanos y no humanos; se entiende que las amenazas son para toda/os y las estrategias de defensa se conciben de manera indisoluble, en un continuum de interdependencia vital.

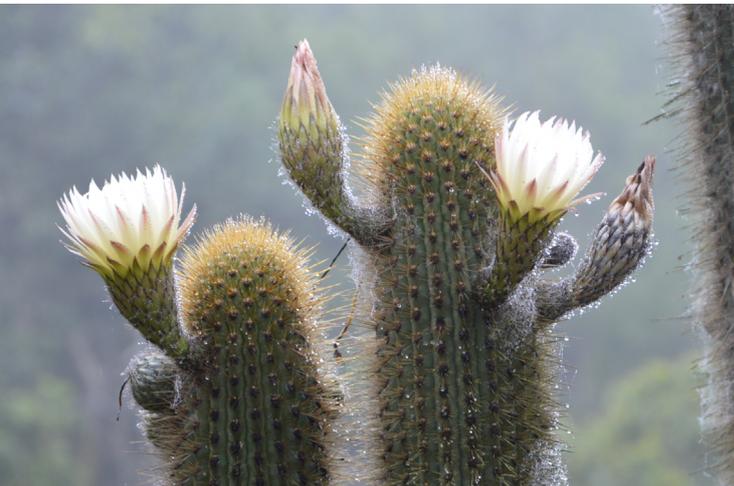
A partir de dicho principio, la Comunidad Campos de Jahuel gestiona y construye hábilmente soberanía, de manera articulada en su territorio, definiendo estrategias de regeneración del bosque y los ecosistemas, proyectando el futuro de modo actualizado. En el año 2020, logra que 6.430 ha de su propiedad, sean reconocidas por el Estado como un Santuario de la Naturaleza y con ello intentar mitigar, al menos parcialmente, algunas de las amenazas provenientes de actividades extractivas diversas. En ese hábil gesto de evidente patrimonialización desde abajo, la comunidad también establece las bases de continuidad de su soberanía sobre sus tierras colectivas, y adicionalmente define las bases de continuidad de las articulaciones entre ellos, en tanto gestores humanos, con sus animales de arreo, con las otras especies que conforman dichos ecosistemas, así como las dinámicas culturales que han construido durante generaciones. Humanos, hombres y mujeres, además de caballos, mulas, vacas, ovejas, quillayes, espinos, maitenes, zorros, lagartijas, ratones, vertientes, lagunas y cursos de agua, pastos, insectos de alguna manera proyectan (en tiempos difíciles) la regeneración de sus vidas de manera mancomunada y patrimonializada, en Jahuel, aunque ello le pueda pesar al modelo desarrollista y, especialmente, a determinadas intenciones mineras y energéticas.

Otro hermoso ejemplo centrado en este caso, en la reinención del bosque, lo podemos reconocer en la experiencia de las y los apicultores de la zona boscosa de Panguipulli, donde, a su modo, los pequeños productores crean patrimonio a través de su quehacer práctico (Skewes, Trujillo, Riquelme, Catalán, 2018). Mientras los grandes apicultores trasladan centenares de paneles a lugares de floración (por lo general, campos de monocultivos), los pequeños inventan un mundo para sostener y alimentar a sus abejas. Desde una perspectiva puramente analítica, las actividades de los primeros se reducen a movilizar, a través de intermediarios, un ejército de abejas que se ponen al servicio de cultivos orientados al mercado, estableciéndose un eslabonamiento a través del cual el trabajo de personas y abejas se convierten en insumos de bienes a ser comercializados a gran escala. De esta actividad deviene sólo la rentabilidad que pueda generar el bien final.

Los pequeños apicultores, en cambio, encarnan su actividad en un escenario completamente distinto, en el que la rentabilidad corresponde más bien a la creación de nuevos patrimonios. A diferencia de los grandes productores, los pequeños organizan sus vidas en torno de las abejas (sin forzarlas a seguir las rutas del mercado). Crean, a su modo, un mundo para las abejas. Plantan lo que a las abejas les place y organizan su agenda diaria de acuerdo a los ritmos de la colmena. Atienden a sus socias –las abejas–, guardando miel como alimento para el invierno y defendiéndolas de sus adversarias (habitualmente las “chaqueta amarilla” y las trashumantes traídas desde otros territorios del país), buscando condiciones que no resulten estresantes para la colmena. Conocen sus hábitos y buscan los mejores acomodos para los cambios de estación. Procuran mantener disponibilidad de agua limpia y obtienen de ellas la miel y algunos derivados.

La ambición de las y los pequeños apicultores es ser reconocidos por su producto y en ello van estableciendo las distinciones que les singularizan entre sus pares y generan redes sociales a través de las que truecan o venden sus productos. La ganancia no es parte del cálculo, más bien es la suficiencia, de modo que las abejas contribuyen parcialmente al repertorio de recursos productivos que movilizan con el propósito de habitar su tierra, de persistir y de adentrarse autónomamente en el futuro.

Hemos sugerido que la labor de las y los apicultores es patrimonializador y no



Fotos: Jorge Razeto

podría ser de otro modo: su quehacer genera identidad, se sostiene en un ejercicio de fabrilidad, concepto que tomamos de Bonfil Batalla (1991), que se va adquiriendo merced de la relación con las abejas. “Lo que más sé, me lo han enseñado las abejas”, señalan. Y sus casas se sumergen en un bosque que se ve enriquecido por las especies que los productores han plantado para alimentar mejor a sus compañeras. Y estos pequeños núcleos habitacionales constituyen un fragmento de una ecología patrimonial que, aunque dañada, se resiste a morir.

Cabe ampliar esta mirada ejemplificada y aclarar además que las referencias al bosque y a aquellos actores de la apicultura que incluyen hombres y mujeres, abejas trabajadoras, reinas y zánganos, además de flores de tantas especies incontables, pueden ser ampliadas a la infinita variedad de elementos que componen aquello que genéricamente entendemos por el entorno, donde cabe la aplicación reflexiva a cualquier contexto socioambiental, incluyendo desiertos, montañas, ríos, mares, estuarios, montañas, esteros, cerros, quebradas y tantos otros, además de las construcciones culturales humanas y no humanas, así como los diversos componentes de dichos contextos, tales como los integrantes de flora y fauna; y otros como del mundo fungi; amén de aquellos seres no humanos que trascienden lo material, dioses y diablos incluidos.

Conclusión

Los ejemplos discutidos aquí invitan a pensar el patrimonio como un proceso que sirve de asiento a identidades y paisajes que cobran valor en función de su contribución a la posibilidad de y al enriquecimiento del habitar (ver Razeto, Catalán, Skewes, 2019). En esta mirada cobra precedencia la acción desde abajo, desde donde se urden los hilos que indistintamente de su carácter ‘cultural’ o ‘natural’ se trenzan dando formas singulares de vida, cuyo valor invita a generar resguardos (Araya, 2018). Abejas, lagunas, vacas, seres humanos, hongos, insectos, piedras, arroyos y árboles se constituyen por esta vía en soportes para avanzar ante las incertidumbres que plantean las grandes transformaciones del siglo XXI, sean climáticas o económicas, o ambas. Comprendemos que se trata de dinámicas patrimoniales, toda vez que generan autonomía fundada en las capacidades propias potenciadas a través de las relaciones entre seres humanos y no humanos; en tanto evidencia de una “era posthumana” que permite la incorporación de artificios tecnológicos en la constitución de los paisajes de la regeneración de lo viviente. Más que elementos patrimoniales, lo que hemos querido destacar ha sido la gestión de los procesos patrimonializadores desde abajo, en tanto dinámicas socioecológicas regeneradoras de la vida. ■

Referencias

Araya, A. 2018. ¿Qué memoria? ¿Qué patrimonio? ¿Quiénes? *Revista de Gestión Cultural* 12: 22-3.

Bonfil Batalla, G. 1991. *Pensar nuestra cultura*. México: Alianza.

Braidotti, R. 2015. *Lo Posthumano*. Barcelona: Paidós.

Cronon, W. 1996. *Uncommon ground: Rethinking the human place in nature*. New York: W.W. Norton.

Dávila-Rodríguez, L. P. 2020. Apropiación social del conocimiento científico y tecnológico. Un legado de sentidos. *Trilogía Ciencia Tecnología Sociedad*, 12(22), 127-147. <https://doi.org/10.22430/21457778.1522>

Ingold, Tim. 2011. Consideraciones de un antropólogo sobre la biología. En: *Cultura y naturaleza. Aproximaciones a propósito del bicentenario de la independencia de Colombia*. Montenegro, L. (ed), pp. 100-132. Bogotá: Jardín Botánico de Bogotá. zec

Lacarreau, M. y Laborde, S. 2018. Diálogos con la colonialidad: los límites del patrimonio en contextos de subalternidad *Persona y Sociedad* 32: 11-38.

Márquez, F., Rozas, V., Arriagada, E. 2014. El lugar del patrimonio. *Arq* 88: 56-65.

Matthey, G. 2015. Gestión de las culturas locales: Democratización, diversidad y riquezas culturales. *Revista de Gestión Cultural* 6: 1-2.

Razeto, J., Skewes J. y Catalán, E. 2019. Prácticas de conservación, sistemas naturales y procesos culturales: apuntes para una reflexión crítica desde la etnografía. En: Cerda, C., E.A. Silva-Rodríguez, & C. Briceño (eds). *Naturaleza en sociedad: una mirada a la dimensión humana de la conservación de la biodiversidad*. Editorial Ocho Libros, Santiago.

Razeto, J., Catalán, Skewes, J.C. 2019. Soberanía territorial, conservación ambiental y comunidades de campo común en Chile central. *Polis* 54: 75-89. <http://dx.doi.org/10.32735/S0718-6568/2019-N54-1403>

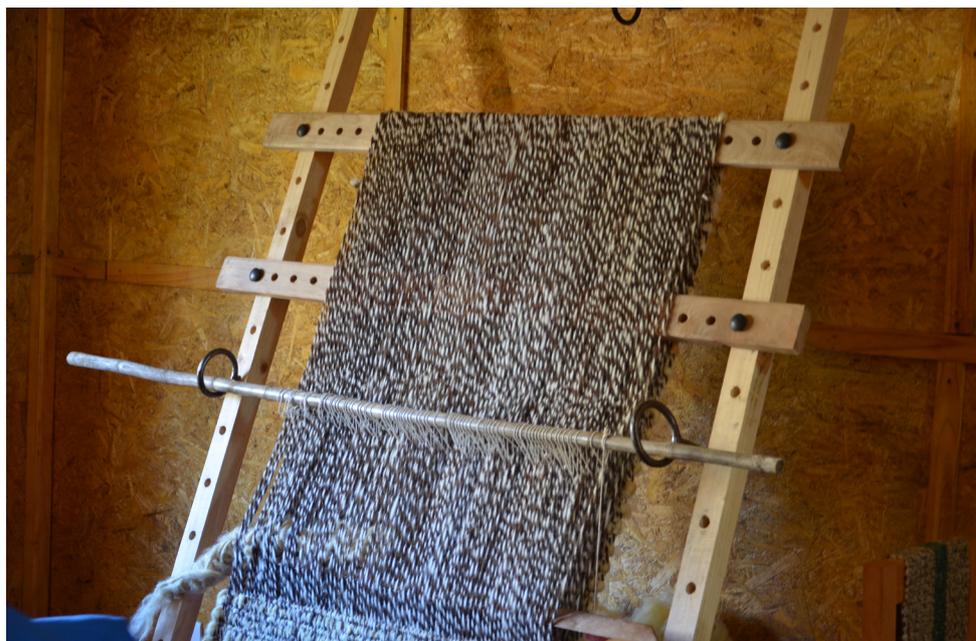
Reyes, R., Razeto, J., Barreau, A. Müller-Using. 2020. *Hacia una socioecología del bosque nativo en Chile*. Santiago: Social ediciones.

Skewes, J., Riquelme, W., Trujillo, F., Catalán, E. 2018. La apicultura y la conservación socialmente inclusiva del bosque esclerófilo y templado en Chile. *Rivar*, 5, 14: 128-148

St. George, Zach. 2020. *The Journeys of Trees: A Story about Forests, People, and the Future*. New York: Norton.

Zecchetto, V. 2011. El persistente impulso a resemantizar. *Universitas* 14: 127-142.





Fotos: Jorge Razeto